

En la cueva, el dragón malherido vivía su eterna vida. En su última lucha, ciego había quedado por lanza, yaciendo entre sangre donde rosas carmín florecían. El sol se colaba entre las piedras y el retumbar de unos pasos, lo despertó. Leve rugido de advertencia hacia el aventurero. Silencio. Los pasos prosiguieron hasta donde el sol dejó de iluminar los ojos oscuros del animal.

—Vengo a disculparme por los atentados de mis antepasados —una voz dulce pero clara, sin titubeos, se escuchó en toda esa cueva. Olía a valentía y a compasión. Corazón puro.

De aquella aura que no entendía por palabras, que no podía ver con sus ojos pero que desprendía cariño con su presencia. Alargo la cola en movimientos lentos, arrancando una rosa de su camastro y acercándola. Y perdió la flor. Ante eso, el dragón se sintió feliz y comprendido. Se enamoró.

*Carla Catalán*

## COMPLET

En la cueva donde no existían manecillas del reloj había quedado el dragón malherido viviendo su eterna vida. La última vez que había luchado, había quedado ciego a lanza yaciendo entre sangre de donde rosas carmín habían florecido. Su lecho era de espinas, pero por costumbre estas no atravesaban ya su coraza.

El sol se colaba por las rendijas entre las pierdas y el retumbar de unos pasos, lo sacó de su ensoñación. ¿Alguien había venido a molestar su inmutable paz? Un leve rugido salió de su garganta, indicando al aventurero que era terreno peligroso. Pero después de un silencio, los pasos decididos prosiguieron.

—Vengo a disculparme por los atentados de mis antepasados —una voz dulce pero clara, sin titubeos, se escuchó en toda esa cueva. El dragón no lo entendía, no era de su especie, pero el tono y la decisión de las palabras, provocó una paz interior en el animal. Los pasos prosiguieron hasta donde el sol dejó de iluminar los ojos ciegos del alado. Un cuerpo se interponía.

Con sus sentidos, el dragón notó en aquella persona un aura de determinación, sin miedo. Olía a valentía y a compasión. Corazón puro. Una calidez se extendió por su extremidad, donde el tacto de piel con escamas se hacía presente, suave, sin pretensión de lesión.

—Nadie te entendió en su momento, ahora me tienes a mi —las palabras incomprensibles de la chica llegaron a los oídos del dragón quien, por primera vez, sintió amor en su enorme corazón. Y se enamoró de esa presencia.

De aquella aura que no entendía por palabras, que no podía ver con sus ojos pero que desprendía cariño por sus poros. Alargo la cola en movimientos lentos, arrancando una rosa de su camastro y acercándola donde ese cuerpo tapaba la luz del sol. Y perdió la flor. La había recogido.

—Gracias, dragón. —musitó la chica con una sonrisa que el animal no pudo ver pero que intuyó en su voz. Por fin era feliz.

*Carla Catalán*